

The book cover features a blue background with white stars scattered across it. A white rectangular border is centered on the page. At the bottom, there are two thick, horizontal red stripes. The word 'américa' is written in a black serif font in the center. Below it, the author's name 'manuel vilas' is written in a bold, black sans-serif font. At the bottom center, there is a circular logo containing the letters 'C' and 'T' separated by a horizontal line.

américa

**manuel**

**vilas**



Manuel Vilas

América

Círculo de Tiza

## SINOPSIS

América es el resultado de un viaje y de una enso naci n. Un relato asombrado por una inmensa vastedad de una nación, los Estados Unidos, que tiene las proporciones de un planeta entero en el que todo cabe. El viaje de Manuel Vilas es una deriva sentimental y alucinada por ciudades a las que no va nadie o a las que va todo el mundo, moteles fantasma, autopistas infinitas.

El fracaso no existe

MV

Dedicatoria

He visto a grandes desesperados en Estados Unidos, tipos en la calle, rebosando miseria, emperadores de la basura, y tenían estilo. No es lo mismo estar desesperado en Estados Unidos que estarlo en cualquier otra parte del planeta: tal vez ese sea el tema de este libro.

Dedico este libro a todos los desesperados estadounidenses. A su estilo. Porque tenían estilo.

Dedico este libro al miedo.

Dedico este libro a las autopistas, a los hoteles y a los camioneros americanos.

Dedico este libro al error, a las vidas erradas.

Dedico este libro al olor de los Estados Unidos.

Dedico este libro a quienes, aun sabedores de que el fracaso no existe, siguieron fracasando.

Este libro es autobiográfico y cuenta mis viajes por muchas ciudades norteamericanas. Entonces, dedico este Libro, a mi desesperación americana.

Por muy grande que sea la desesperación de un país o de un continente, más grande será siempre la mía.

Unas palabras a modo de prólogo:

Walmart no cierra jamás,  
como el corazón de un poeta

Soy un hombre enamorado y sentimental y contradictorio y voluble, y con el paso del tiempo estas características de mi personalidad se han acentuado. El libro que tiene el lector entre sus manos es la crónica de mis estancias en ciudades estadounidenses, especialmente en ciudades del Midwest. Es también la crónica, en alguna medida, de un ena-

moramiento pasajero, de una fascinación que se entretiene contemplando la alta y mítica combustión cultural del capitalismo, de un sentimiento de vergüenza o de inferioridad arraigado en mi condición latina, de una huida española y de un recelo inconcreto. Adoro los Estados Unidos, tal vez porque adoro la vida en la tierra. Pero adorar no es amar. Amar, solo amaría el paraíso. Y no es posible el paraíso en la tierra.

La democracia americana hizo creer que sí, que era posible el paraíso en la tierra; esa es la base política de los Estados Unidos, un cimiento idealista para poder sujetar un gigantesco edificio cuya última aspiración es desconocida. De eso me di cuenta un día en la biblioteca de la Universidad de Iowa: nadie sabe hacia dónde va América. Tiene gracia ese desconocimiento en un país que está obsesionado por el control de todas las cosas que existen sobre la faz de la tierra. Esa obsesión americana por la seguridad y por el control a día de hoy, cuando escribo este prólogo, casi me parece algo tierno, ingenuo, inocente. Es una obsesión antigua, cuyo origen aún es aquello que se llamó la Guerra Fría, cuando el mundo se lo disputaban dos naciones hegemónicas. Pero sí, América está abierta de par en par a lo desconocido, y lo desconocido tiene un profeta, que no es otro que ese ser salido de la profundidad del Midwest, ese ser llamado Donald Trump. Porque si Trump gana las elecciones, seguro que donde más votos cosechará será en la América profunda, en el Medio Oeste, donde estoy yo ahora mismo. No en Nueva York ni en California, no en la modernidad, sino en las praderas remotas sin mar. No en Chicago. No en Los Ángeles.

Nadie sabe hacia dónde caminan los Estados Unidos porque nadie sabe muy bien hacia dónde camina la vida política en la tierra.

Desde el siglo XIX sabemos que llamamos vida y existencia al tránsito político de nuestro cuerpo sobre las sociedades humanas. De ahí que a veces uno tenga la sensación de que no ha vivido. De ahí también la creación del mundo zombi. Es verosímil fantasear con que en Estados Unidos vi-

ven en este instante trescientos veinticuatro millones de zombis. El zombi no es una creaci3n de las grandes urbes estadounidenses, el zombi es hijo de la vastedad de un pa3s, de una desesperaci3n espacial que contiene m3s de nueve millones de kil3metros cuadrados. En un espacio inabarcable, cabe la posibilidad de que a3n vivan especies remotas, como los zombis, los vampiros, los lun3ticos, los psic3patas, los extraterrestres o, simplemente, los seres escondidos. Yo quise ser un ser escondido, un ser huído de su origen materno, de ese pa3s llamado Espa3a, que siempre acaba confiscando mi vida.

Tal vez para que desapareciera el zombi del imaginario colectivo americano, Estados Unidos deber3a tener unos seiscientos millones de habitantes. Fue lo primero de lo que me di cuenta cuando aterric3 en el Midwest: aqu3 hay poca gente y aqu3 las grandes praderas y los bosques y los r3os dominan la escena. Cuando cae la noche en el Midwest lo hace de una forma apocal3ptica, pues llena de oscuridad las carreteras, las casas, la vida. Si la ca3da de la noche te alcanza conduciendo tu autom3vil en alguna autopista del Midwest, puedes llegar a sentir una soledad primitiva, con un a3adido de terror, especialmente si te adelantan interminables camiones que brillan en la oscuridad de la noche y que parecen conducidos por fantasmas del infierno, como ocurr3a en aquella pel3cula de Spielberg, El diablo sobre ruedas. Te puedes preguntar incluso por la vida de esos conductores, y te encontrar3s con una respuesta construida sobre el viento, porque esos conductores no son humanos, solo son zombis, zombis enamorados de las praderas.

Los pueblos (esta palabra es tal vez inadecuada) o las peque3as ciudades del Midwest son barrios residenciales conectados unos con otros por una mara3a de carreteras locales. Cada barrio tiene su categor3a, y su simbolog3a econ3mica. La casa es el fundamento moral de la vida. No la calle. Pero la suma de casas no contribuye a la creaci3n de la ciudad. Como la suma de zombis no consigue crear la naci3n zombi. No hay ciudad, hay casas donde la gente vi-

ve escondida. Gigantescas casas donde se rinde culto a la soledad.

Decorar la soledad con abalorios o electrodomésticos envidiables, eso es la vida en el Midwest.

No existe la calle. De la abolición de la calle a la aparición del zombi hay un segundo de distancia. Hay grandes edificios, autopistas, centros comerciales, pero no hay calles.

No existen las calles, pero sí existen los supermercados. Muchos supermercados están abiertos las veinticuatro horas del día. Para mí eso es maravilloso, fantástico, me llena de alegría. Poder ir a Walmart a las tres de la madrugada a mirar la materia de la que está hecho este mundo: comida, fruta ya pelada y metida en recipientes transparentes, café de cien mil marcas, consistentes bandejas con filetes de carne de un grosor de cinco centímetros, cuchillas de afeitar, colonias, tablets, telefonía móvil, televisiones, muebles, bolis, pantalones, sartenes, cuchillos, zapatos, relojes y sombreros.

Walmart no cierra jamás, como el corazón de un poeta.

A la abolición de las calles Estados Unidos añadió la supresión de un sentido: el del olfato. He visitado edificios públicos, habitaciones de hotel, restaurantes, casas privadas, pasillos, escaleras, salas de teatro, ascensores, lavabos, apartamentos, lofts, bares, tiendas, centros comerciales, cines, aulas de universidad, despachos, librerías, mercados, donde el olor reinante estaba marcado por una degeneración del aire. No era mal olor, en absoluto. Era, como digo, una protesta del aire, una inflamación del oxígeno, un olor a cerrado. Olor húmedo y a cerrado, ese es el olor de América. Habrá una América luxury que olerá a Chanel y a rosas, pero la clase media americana generó su propio olor. Es un olor que procede del uso de la madera como material de construcción, y de las moquetas históricas, y de las ventanas cerradas para siempre. Es el olor de las casas grandes, imposibles de limpiar, el olor de los basements, donde nacen la humedad y las arañas y las hormigas y la noche de Halloween.

Es el olor de Estados Unidos.

Si algo puede servir de resumen final de la arquitectura de clase media americana, ese algo es el basement. He visto unos cuantos. En todos me sentí raro. No incómodo exactamente, sino confundido. El terror americano también nace de los basements.

Los basements son un espacio arquitectónico difícil de definir. En teoría, equivalen a un sótano, o a una bodega. Pero son mucho más complejos. Pues en realidad son el inconsciente colectivo de la clase media americana. Un sitio en donde guardar todo lo que no sirve. Son un foco de putrefacción material y moral. No tendría un basement ni por todo el oro del mundo. Son un símbolo del mal y de la violencia, encriptados en todo hogar americano de clase media que se precie. Es el recordatorio de las cavernas, el lugar del esqueleto de la bisabuela, el lugar de los insectos, la puerta a la muerte, la puerta a la otra dimensión donde todo es mucho peor. Mientras termino este libro en Iowa City, por las noches me he dedicado a ver toda la primera temporada de la serie televisiva *Stranger things*. La serie se basa en la afirmación de que el espacio real, arquitectónico y urbanístico de la clase media americana no tiene alternativa. Pese a lo miserables o cutres que son las casas de los protagonistas (especialmente la de Joyce Byers, madre de un niño a quien se ha tragado la oscuridad, y la de Jim Hopper, jefe del departamento de policía de Hawkins), la alternativa es el infierno. Es una serie entre el terror y la ciencia ficción que explora la posibilidad de una realidad paralela a la nuestra. La serie está ambientada en 1983, con la Guerra Fría aún enfriando el mundo. Pero lo que me parece destacable de la serie es esa negación de cualquier alternativa a la casa americana. Estados Unidos se esfuerza mucho en ir afianzando su modo de vida como país al sugerir desde el cine, la literatura y la televisión que cualquier alternativa acabaría en el terror.

Los basements son el recordatorio de lo que está debajo de la casa. El basement es la humedad catastrófica. La bici oxidada. El armario purulento. El espejo roto. El olor errático e insalubre. El interruptor de la luz humedecido.



Los paÃ­ses, como los seres humanos, huelen.

Comparamos paÃ­ses porque el ser humano es un ser comparativo y porque la civilizaci3n es comparativa y porque el mercado es comparativo. Intentamos buscar la excelencia. La excelencia en la vida laboral, en la vida sentimental y en la vida econ3mica.

Este libro es tambi3n comparativo. Compara paÃ­ses y culturas y mitologÃ­as. Habla de mis estancias en ciudades americanas, y en lo m3s hondo comparo la vida que he llevado en esas ciudades americanas con la vida que llev3 en EspaÃ­a. Pretende una refundaci3n de la propia historia de mi vida, como si mi vida necesitara una segunda oportunidad.

Es decir, comparo el que soy con el que fui. No se puede ser espaÃ­ol toda una vida, eso pienso ahora, cuando se acerca el momento de dar este libro a la imprenta. No se puede ser franc3s ni alem3n ni italiano ni ingl3s ni ruso ni polaco ni sueco ni húngaro ni noruego ni portugu3s toda una vida. La reinvencci3n es un placer necesario.

Estados Unidos me hizo ver que mi desafecci3n por EspaÃ­a podrÃ­a tener un fondo de nobleza, de dignidad, de necesidad, o de legÃ­tima defensa; que podrÃ­a ser una desafecci3n razonable, ineludible. No a causa de los espaÃ­oles, que los pobres no tienen nada que ver con EspaÃ­a, y a quienes yo siempre quise y am3, sino de las 3lites espaÃ­olas y de la fabricaci3n de su cultura can3nica y de su mitologÃ­a literaria, en donde nunca me sentÃ­ c3modo. He dicho 3lites y deberÃ­a haber dicho castas. Castas convencionales que acabaron produciendo un paÃ­s previsible o anestesiado, un paÃ­s con m3s pasado que futuro, pero con un pasado imprecisable y oligarca, siempre huyendo de la imaginaci3n carnavalesca y de la celebraci3n de la vida, de la celebraci3n vulgar de la vida, que es la que invariablemente fue mal vista, un paÃ­s fren3ticamente cat3lico aunque el catolicismo no exista ya en EspaÃ­a, o un paÃ­s donde el catolicismo se transform3 en una izquierda que repudiaba el enriquecimiento de las clases medias pero adoraba su propio enriquecimiento olig3rquico, un paÃ­s en el que nadie est3 contento, ni siquiera est3n contentos aquellos a quienes les va muy bien y triunfan,

un paÃ­s en donde ni la oligarquÃ­a intelectual, polÃ­tica y empresarial estÃ¡ radiante o satisfecha, un paÃ­s desconfiado y maledicente, un paÃ­s que ansia la destrucciÃ³n del otro, un paÃ­s al que le gusta humillar a los que considera fracasados, un paÃ­s lleno de leyes y rigores no escritos, y por tanto inconfesables. Un paÃ­s en el que la idea de fracaso frecuente ciudades, rÃ­os, calles, bares, librerÃ­as, iglesias, universidades, periÃ³dicos, ayuntamientos, cÃ¡rceles, vertederos. Un paÃ­s de la confiscaciÃ³n de los corazones libres. Un paÃ­s donde intentar decir la verdad estaba penado con la marginaciÃ³n. Un paÃ­s sin energÃ­a econÃ³mica. Un paÃ­s de funcionarios. Un paÃ­s de amigos. Un paÃ­s de colegas y al enemigo ni agua. Un paÃ­s en donde la creaciÃ³n de la idea del enemigo es consustancial a su historia. Un paÃ­s sin generosidad para el diferente. Un paÃ­s en donde la gente camufla su ideologÃ­a y es tan eficaz el camuflaje que la gente acaba por no saber quÃ© quiere. Un paÃ­s inclinado a la hipocresÃ­a a causa de la pereza. Un paÃ­s con pereza intelectual. Un paÃ­s sin curiosidad. Un paÃ­s sin promiscuidad de todo tipo, sexual, cultural, polÃ­tica, artÃ­stica, visual, arquitectÃ³nica, literaria, econÃ³mica. Un paÃ­s de gente que ambiciona dinero, y solo dinero, y nada mÃ¡s que dinero como toda forma de plenitud intelectual y moral, pero que no sabe cÃ³mo ganarlo, y lo roba. Un paÃ­s que necesita hacer fracasar a sus ciudadanos para sentirse paÃ­s. Un paÃ­s en el que me sentÃ­ fracasado. Un paÃ­s en el que no fui feliz y ahora descubro que la culpa, como siempre creÃ­, no era mÃ­a. Estados Unidos me dijo que la culpa no era mÃ­a, pues yo puse todo de mi parte, que abrÃ­ mi corazÃ³n de par en par, que di mi corazÃ³n a cambio de bien poco. SÃ© que me arrepentirÃ© de haber escrito esto, porque yo amo profundamente a mi paÃ­s, pero no me sentÃ­ correspondido o no me bastÃ³ con los besos que me dieron, y yo querÃ­a mÃ¡s.

Y me fui, como el marido o la esposa que en su matrimonio no encuentra todo el amor del mundo.

Estados Unidos me ofrecÃ­a la desapariciÃ³n, desaparecer un rato, descansar de mi identidad espaÃ±ola, acercarme al desvanecimiento, a la profundidad del aire sin cuerpo. Un

descanso, un momento de lóbrega penetración en un basement privado. El enorme placer de ser un completo desaparecido, un don nadie, un ser anónimo, un zombi, un cuerpo erguido que camina por un bosque de Iowa.

Dejar de ser, al fin, español, y no para ser otra cosa, sino para no ser nada.

Un cuerpo sin nacionalidad y deseando ser solo un hombre que pasea por América con unos headphones en donde suena la voz de Johnny Cash.

Hay una palabra moral que sirve para concretar mi relación con España y con cualquier construcción nacional o colectiva, y me costó encontrarla. Ya la tengo: desistimiento.

No se trata de cambiar de país, sino de descansar de todos los países, de todas las naciones. Y hacerlo por envejecimiento propio, no por inquina ni por ideología ni por rigores intelectuales, sino por agotamiento.

Desistí de lo que fui. Desistí de una identidad que nunca fue mía, la identidad que me dio haber nacido en un país como España, haber crecido allí, haber vivido allí, haber estudiado allí, haber publicado libros allí, haber respirado allí, haberme convertido en lo que se esperaba o se dijo de mí, y haberme dado cuenta de que todos esos haberes, sumados, daban como resultado una pena, una condena y una esclavitud.

Un desistimiento humilde, jamás arrogante. Un desistimiento amable, tranquilo, pero en donde aún late una enorme y salvaje pasión por la vida, pero por otra vida, por una vida más libre, por una vida imprevista.

Me construí mi propio basement moral. Y allí me quedé, en mi basement, en donde se hablaba español. Y donde había amor, amor hacia mí mismo, que es el mejor amor.

No se puede ser europeo toda una vida, por eso se fundó América. Para dejar el abrigo europeo en el colgador del armario de la entrada. América era el sitio para una reinvencción pronosticada en nuestros genes más febriles. América era el lugar del asombro. Así la pensó Franz Kafka en su novela del mismo título. Recuerdo cuando hace más de veinte años leí por primera vez la novela América del escritor che-

co. Leí esa novela en un pueblo de España, de cuyo nombre ahora mejor no me acuerdo. Me fascinó esa invención alegórica de Estados Unidos. Leía esa novela todas las noches, en un piso de ese minúsculo pueblo, frío y desolado. Cada diez páginas leídas sonaba la campana de la iglesia, porque mi casa estaba al lado de la iglesia. Era invierno, que es la estación de la verdad. Nunca pensé que ese invierno español acabaría en el gran invierno americano que estoy viviendo en este instante. El invierno del Midwest es duro como la estirpe de la que yo procedo, viejos amadores del frío, de la nieve y la ventisca.

Kafka jamás estuvo en América. Kafka jamás estuvo aquí, y sin embargo adivinó qué era América. Kafka describió una estatua de la Libertad con espada en vez de con antorcha.

No existía Google entonces. Los estudiosos creyeron que Kafka se ponía simbólico y trascendente, pero Kafka no tenía forma de documentarse. No había visto nunca ninguna ilustración de la estatua de la Libertad, o si la vio la recordó mal. Título así este libro por Kafka, el hombre que vio la estatua de la Libertad portando una espada, y no una antorcha.

Una espada amenazante o salvadora, eso ya no sabemos, no sabemos si la espada nos defiende o nos acuchilla, porque como decía Chuck Berry: you never can tell. Y por otra parte, ya no sabemos qué es el bien y qué es el mal.

Se están borrando las fronteras.

Pero hay una que no se borra: la frontera que va de lo muerto a lo vivo, y aquí, en América, la vida triunfó, la vida instantánea, la vida sin atributos, y de eso sí me enamoré.

La vida sin prestigio, eso fue lo que me sedujo, de eso me enamoré como un paleta.

Pensé que en América el fracaso no existía.

MV



Iowa City, octubre de 2016

Iowa City, I

La forma de llegar a Iowa City, viniendo desde España o desde Europa, es a través del aeropuerto de Cedar Rapids. Es un aeropuerto pequeño, luminoso, tranquilo; se agradece que haya un aeropuerto humano en un mundo lleno de aeropuertos terroríficos. Hay wifi gratis, lo que te pone de buen humor inmediatamente. Al aeropuerto de Cedar Rapids se llega desde otros dos aeropuertos: desde el aeropuerto de Chicago o desde el de Atlanta. Cada vez que voy o vuelvo de Iowa no sé qué escala me tocará, si Chicago o Atlanta. Lo que sí sé es que tanto el aeropuerto de Chicago como el de Atlanta también tienen wifi gratis. Así que te pones morado de mandar guasaps a todas tus amistades, a toda tu familia, o a la familia que te quede. Me gustaría tanto mandar un guasap gratis a mi madre muerta desde Chicago. Al español que sale por el mundo las cosas gratuitas le estimulan especialmente. Todos los lavabos de estos aeropuertos están magníficamente limpios y siempre hay abundante jabón de manos a tu disposición, esto también es importante y creo que guarda estrecha relación con el mundo civilizado y por tanto con la literatura y el arte en general.

La vida en Iowa City gira en torno a la universidad. Cabe hacer un símil: Iowa es como una especie de Salamanca. Aunque en proporción demográfica estaría más cerca de ser como Soria. Iowa es una Salamanca cuyo pilar intelectual más sólido es la literatura. Los estudios de escritura creativa tienen aquí rango de estudios universitarios reglados. Claro, lo que la gente quiere es ser escritor, y lo que la gente no quiere es que le den la brasa con estudios históricos o filológicos sobre la literatura. Uno quiere ser Miguel de Cervantes o Ernest Hemingway, y uno lo que no quiere ser es Menéndez Pidal o Harold Bloom. A lo mejor Harold Bloom sí, no sé. Estados Unidos es el país más famoso del

mundo, porque también existe la fama de los países. La corrección política dice que todos los países son iguales o que todos los seres humanos son iguales, pero es mentira. Sin embargo, es una mentira que esconde una utopía, y la utopía nos ayuda a todos. Sin utopías seguiríamos en las cavernas.

Iowa fue declarada por la Unesco Ciudad de la Literatura, como lo fue también la Dublín de Joyce. Y en Iowa han ejercido la docencia en esa escurridiza disciplina a la que se llama «escritura creativa» nombres legendarios de las letras estadounidenses como Flannery O'Connor, Robert Lowell, Raymond Carver, John Cheever, Kurt Vonnegut o Philip Roth, y también nombres de las letras en español como José Donoso u Óscar Hahn. Donoso, además, cedió a la Universidad de Iowa buena parte de sus diarios. La hija de Donoso, Pilar Donoso, quien tuvo un final innecesariamente triste, habla de Iowa en sus memorias familiares, tituladas *Correr el tupido velo* (2009).

Pilar Donoso recuerda la euforia cultural que vivió Iowa a finales de los años sesenta y la amistad de su padre con Kurt Vonnegut. Al taller literario de Donoso en Iowa acudieron escritores norteamericanos como John Irving, Gail Godwin, John Casey y Nicholas Meyer. Pilar Donoso describe en su libro un encuentro con Saúl Bellow, quien precisamente había ido a Iowa a dar una conferencia. Los escritores norteamericanos también hacen bolos. Van y vienen por Estados Unidos dando lecturas, talleres y conferencias. Ahora son también los escritores latinoamericanos quienes van de bolos por Estados Unidos, porque la lengua española tiene una presencia incuestionable en ese país, aunque sea solo una presencia biológica y su apreciación como lengua de cultura aún sea discutible.

Los hijos de la emigración latinoamericana hablan inglés perfectamente, pero escriben en español. Eso es una paradoja que conduce hacia un bilingüismo del que nadie habla demasiado, como si fuese algo incómodo. Es acaso una incomodidad de ida y vuelta: el español está allí, y el inglés también. Tiene su gracia: si se encuentran un escritor esta-